

TEILHARD DE CHARDIN Y EL

Y O soy católico, y por eso, como es natural, mi intención es expresarme coherentemente con mis creencias.

Pero nunca es mi primer intento convencer a nadie, porque sostengo, como Pablo VI, que el cristianismo «no trata de obtener de inmediato la conversión del interlocutor, porque respeta su dignidad y su libertad». Expongo con lealtad lo que pienso, porque confío en la fuerza de la verdad. Escribir es mantener un perpetuo diálogo con los lectores, y por eso la autoridad de mis palabras, como las de todo hombre, no puede ser nada más que «intrínseca», «por la verdad que expone» (Pablo VI). Y los que me leen son quienes deben juzgar de ello, sin forzarles yo, ni en un sentido ni en otro, como algunos —lo mismo del lado conservador, como del avanzado— querían equivocadamente que hiciera. Además no quiero que el diálogo entablado por mí sea hiriente, ni ofensivo, ni orgulloso.

Tampoco pretendo acertar con todo lo que digo, pues no tengo patente de corso para que todas mis palabras representen a la Iglesia. Yo no me represento nada más que a mí mismo; pero, eso sí, con sincera intención católica. Mis cargos en el mundo apostólico no deben ser motivo de confusión entre mi labor independiente de escritor, y mi trabajo apostólico en ellos.

II OY comienzo unos artículos sobre un tema debatido; mejor dicho, muy discutido en la Iglesia, y fuera de ella: el del paleontólogo y pensador católico padre Teilhard de Chardin, S. J.

Todo el mundo sabe que este jesuita de porte aristocrático y mirada limpia y penetrante fue un hombre profundamente religioso. Pero de una religiosidad que apuntaba hacia el mundo: porque su concepto de la religión no era «evasionista», sino «encarnado» en nuestro tiempo. Para él, Cristo había venido al mundo —espiritual y material— a asumirlo, y no a condenarlo. Y eso no se lo perdonan fácilmente esos «profetas de calamidades, avezados a anunciar siempre desgraciados acontecimientos, como si el fin de los tiempos fuera inminente» (Juan XXIII).

Su vida de investigador y pensador no fue fácil. Las incomprendiciones y las malas interpretaciones le rodearon constantemente. Es más, alguna vez tuvo que sumergirse en sus trabajos científicos, haciendo abstracción de sus inquietudes de pensador, porque no pudo en vida publicar ninguno de sus libros. Sólo después de muerto salieron a la luz sus principales obras, a pesar de la enemiga de sus contradictores.

Sin embargo, sus defensores han sido muchos y de gran valía: quizá ninguno como el famoso teólogo —uno de los primeros de la Iglesia católica— padre Henri de Lubac, S. J. Su libro «El pensamiento religioso del padre Teilhard de Chardin» sufrió los duros embates concentrados de los contradictores de uno y otro (pues también al padre De Lubac, profesor del seminario de Lyon y perito conciliar, muchos le miran con recelo).

El Santo Oficio, el día 30 de junio de 1962 —en plena canícula romana—, publicó un «Monitum», en el que ponía en guardia a los católicos contra las obras de Teilhard. Cuentan que este «Monitum» y el artículo del «Osservatore Romano» —periódico de la Santa Sede, pero que no tiene ninguna autoridad oficial en la Iglesia— fueron publicados para oponerse al libro del padre Lubac, escrito a favor de Teilhard. Lo cierto es que esta obra, en defensa del gran investigador católico, pasó los difíciles vericuetos de las severas censuras de la orden y del obispado de Lyon, sin que pudieran sus enemigos ideológicos impedir su publicación.

¿Qué decía la «advertencia» del Santo Oficio? Que las obras de Teilhard encierran peligros, sobre todo para los jóvenes en formación. Peligros por la ambigüedad de algunas expresiones y, a veces,

errores graves en materia filosófica y teológica, que ofenden a la doctrina católica.

S IN embargo, esta llamada de atención no era una prohibición total de sus obras, ni una condenación tajante.

Advertir de un peligro no es lo mismo que condenar.

Y, a pesar de todo, hubo quienes, como el desviado movimiento integrista francés «Acción-Fátima», publicó un panfleto a ciclostil contra la obra científica y religiosa de este inteligente jesuita.

Pero también salieron en su defensa voces autorizadas, como la del obispo de Pamiers (Francia).

Y podía que las «mejores páginas de Teilhard sean editadas un día con las notas aclaratorias necesarias».

¿Por qué tal defensa de este discutido pensador? «Porque muchos han conservado o encontrado la fe a causa de su obra»; y ante esa realidad, todos debemos descubrirla.

N O queramos olvidarlo: la obra de Teilhard es la del pensador más acomodado a nuestro tiempo, y por eso su valor científico-religioso será cada vez más notado y conocido en el mundo actual.

El obispo de Meissen, en Alemania oriental, confesaba en octubre último, durante la tercera sesión del Concilio, que el único camino, para conectar con el mundo ateo en su diócesis, era a través del pensamiento de Teilhard de Chardin. «Los ateos lo consideran un peligro, porque puede resolver la oposición entre la ciencia y la fe que ellos propugnan». Y de manera análoga alabó su pensamiento, durante la tercera sesión del Vaticano II, monseñor Hurley, obispo de Durban; y monseñor Heider Cámara, el «avanzado» obispo brasileño.

Sus principales detractores son: el abbé Cognet, el benedictino de la abadía de Solesmes Dom Georges Frénaud, el padre dominico Th. Calmel, el padre Guérard des Lauriers (su mayor y más enconado contradictor teológico) y el doctor Vernet, que es su enemigo científico más decidido.

Entre sus defensores católicos se cuentan: el ya citado padre De Lubac, S. J.; los teólogos monseñor Bruno de Solages, los padres Ranut, O. P.; Blanchard y Wildiers; el filósofo Tresmontant; los científicos y pensadores profesor Cuénot y doctor Chauchard; el padre Russo, S. J., escritor científico de gran valía; el crítico padre Barjon, S. J.; el escritor católico Senghor, Presidente de la República del Senegal, que se ha inspirado para hacer su política en el pensamiento de Teilhard; y el filósofo padre Ignacio Lepp.

Incluso fuera del catolicismo cuenta con numerosos admiradores, que no tienen más remedio que reconocer su valer, aunque sin aceptar sus afirmaciones religiosas, como el filósofo marxista Roger Garaudy (pensador oficial del partido en Francia), y el racionalista E. Kahane.

E N el plano científico, Teilhard es una autoridad. I. Barral, en su libro «Elementos de la construcción científica de Teilhard», lo demuestra ampliamente; a pesar de que, muchas veces, se ha hecho caso omiso de este aspecto esencial de su pensamiento, para discutir solamente los aspectos filosóficos o sociales. El paleontólogo Piveteau dice que «ha descubierto perspectivas grandiosas: ha renovado nuestra visión del mundo, y marcará una de las grandes etapas del desarrollo de la paleontología».

CATOLICISMO

Por Enrique Miret Magdalena

El fue quien descubrió el «sinantropo» cerca de Pekín, el eslabón entre el hombre actual y el mono, en el proceso evolutivo del cuerpo humano.

En el campo religioso y filosófico, «Teilhard ha hecho filosofía y teología a pesar de no ser ésa su intención» (abbé Grenet), «rompiendo las barreras entre ciencia y filosofía, entre ciencia y religión» (abbé Blanchard).

Su pensamiento religioso ha sido mal interpretado por sus contradictores, porque han olvidado el consejo que él mismo daba a su compañero, el filósofo padre Fessard, S. J., en 1936: «Si me lee, hágalo con comprensión indulgente: me paseo como un paquidermo por los jardines más cuidados de la escolástica. Olvídense, por tanto, de mi desventura y busque lo que he intentado expresar: sólo así es como me entenderá rectamente».

A fuerza de vivir el clero —y algunos seglares— en el mundo cerrado de muchos manuales de teología, se olvidan algunos de que el mundo de hoy tiene ya otra cultura muy distinta de la que dominó durante el siglo pasado y principios de éste.

«La Iglesia —dijo el cardenal Lercaro al Concilio— guarda riquezas del pasado que son ciertamente gloriosas, pero que no corresponden al espíritu de nuestro tiempo, como, por ejemplo, los sistemas escolásticos de filosofía y teología, las instituciones académicas y educativas»; por eso, «la Iglesia debe renunciar a estas riquezas». Nuestro cometido tiene que ser «dar una nueva orientación a la cultura de la Iglesia». Los seminarios y Universidades eclesíásticas han tenido, según el cardenal, en parte, «un programa de estudios totalmente inactual», con un lenguaje que «está ya muerto» también en buena parte.

Esa es la razón de que sea tan mal interpretado Teilhard —como lo pasó al premio Nobel Alexis Carrel años antes— por algunos católicos. En cambio, a quienes están formados en la cultura científica actual, nunca se les ocurre interpretar su pensamiento con ese «detallismo», que olvida el consejo de San Pablo: «la letra mata y el espíritu vivifica».

De ahí que se dé la extraña paradoja de ser Teilhard más peligroso —como lo demuestra la experiencia— para los que han sido educados en esta manera de pensar anticuada —en el mal sentido—, que para quienes tienen una formación abierta y actual. A éstos no se les ocurre sacar de quicio las cosas, porque desconocen el «bizantinismo» de quienes cortan un pelo en el aire. Me recuerdan éstos a aquellos malos escolásticos del Medievo, que se preguntaban cuántos ángeles podían localizarse en la punta de una aguja.

Teilhard no es infalible: como dice el Santo Oficio, contiene ambigüedades y errores.

Errores los tuvo también Santo Tomás en el siglo XIII, combatiendo, por ejemplo, la doctrina de la Inmaculada Concepción; y fue quizá su pensamiento, para algunos, un peligro, a juzgar por la condenación del Santo hecha por el obispo de París, Tempier. Pero Santo Tomás venció, a pesar de sus equivocaciones.

Concluamos con la única norma práctica que debemos todos recordar: «Si alguien condena a Teilhard, que haga algo mejor» (padre Rabut, O. P.).

Nutrir!!

es lo importante para su BELLEZA



LANCASTER

Recomienda

CRÈME TISSULAIRE	CRÈME EMBRYONNAIRE	CRÈME À L'ORANGE	CRÈME NOURRISSANTE
cutis deshidratados y delicados	cutis marchitos	cutis grasos	cutis normales y secos

ARRÊTE LA MARCHÉ DU TEMPS